

## CAPITULO XLII.

### SITIO DE MATAHOROS.

Nuestra expedición con cuatrocientos hombres de combate á través de los Estados de Zacatecas y San Luis Potosí para internarnos en la Huasteca, fué de las mas audaces, aunque tambien de las mas penosas, pues aparte de que constantemente fuimos perseguidos por fuerzas cuádruples y quíntuples á las nuestras, nos veíamos con frecuencia en la necesidad de hacer grandes rodeos para no caer en alguna emboscada de las muchas que se nos ponian por los entonces ya desmoralizados gefes juaristas. Una vez en la Huasteca Potosina, pocos eran los que podian atreverse á seguirnos, y no solo podíamos tomar algun descanso en Alaquines, Villa de Tellez etc., sino reclutar hombres para que nuestros cuadros de oficiales procedieran á formar cuerpos de infanteria: Ignacio

Martinez comenzó á formar uno con el nombre de Libres del Valle, Chaseo otro, Santa Cruz otro y así sucesivamente hasta contar con cinco ó seis piquetes de infanteria, con dos escuadrones ya formados de caballería y de otros en esqueleto aún, con buenas perspectivas de organizacion. De nuestra trabajosa expedicion por la Huasteca, en que mas de una vez no encontramos que cenar ni que beber, en que pernoctamos multitud de veces en el márgen de un arroyo, en medio de un bosque, en el centro de una llanura ó en la cima de una montaña, despues de haber pasado por todo género de privaciones en aquella zona tan rica de vegetales y en que sin embargo teníamos que alimentar á nuestros caballos con las hojas de los árboles ó con los cogollos de la palma, salimos con mil hombres de combate bien probados en el crisol de todo género de padecimientos del cuerpo y del espíritu.

Para distraer nuestros tormentos, y de tal manera les distrajimos que llegó á pasar para nosotros el tiempo casi sin sentirlo, formamos un grupo íntimo de amigos leales, todos de buen humor, Orellana Noguerras, Ignacio Martinez, Pedro García y el que esto escribe, uniéndose muchas veces á nosotros para disfrutar de nuestros pasatiempos, Toledo, Sierra, Santa Cruz, José Valle y otros jefes que se encontraban en aquel grupo de patriotas, del cual habíamos visto desertar hasta generales y coroneles, principalmente en los dias mas ingratos en que hacíamos una marcha penosísima en medio de una abundante lluvia du-

rante tres ó cuatro dias, debiendo pasarlas lo mismo que las noches con la misma ropa, puesto que no teníamos otra que ponernos, principalmente los que como yo habíamos perdido un equipaje en cada encuentro con el enemigo.

Al salir á Nuevo Leon en donde contábamos con grandes simpatias por ser los Martinez, lo mismo que la mayor parte de los gefes y oficiales que nos acompañaban de aquel Estado, tuvimos muy buenas noticias de la revolucion. Negrete andaba pronunciado con una fuerza de mas de dos mil hombres, la sierra de Puebla estaba pronunciada con Mendez y Francisco Lúcas, Orizaba lo mismo que la costa de Sotavento, en el Estado de Veracruz y otros muchos pueblos de la República nos habian secundado. El gobierno de Juarez no estaba como nos lo suponíamos, en un lecho de flores, pues aún los Estados lejanos de Yucatan, Campeche y Tabasco, lo mismo que Sinaloa y Sonora, estaban conmovidos. Esto vimos consignado en los primeros periódicos que cayeron en nuestras manos y esto supimos por las personas versadas en la política que nos encontramos al tocar en algunas pequeñas poblaciones que se encontraban sobre nuestro camino.

Una vez en Nuevo Leon mandamos un comisionado á Treviño y otro á Canales. El primero nos contestó de palabra que no le comprometíamos y el segundo vino á tener una conferencia con nosotros en la frontera de ambos Estados. Ocurrimos al punto de la cita el general Martinez y yo con una escol-

ta de diez hombres y Canales llegó por la noche acompañado tambien de algunos oficiales.

Nuestra conferencia fué enteramente cordial, quedando convenidos en que no solo no nos hostilizaria, sino que cerraria los ojos para que pudiéramos proveernos en su Estado de los recursos que necesitásemos: nos advertiria de cualquier peligro que corriéramos y sería nuestro fiel aliado, pero sin pronunciarse contra el gobierno, para lo cual tal vez se presentaría ó no la oportunidad. Por de pronto podia servirnos conservando su posicion de gobernador reconocido oficialmente del Estado de Tamaulipas.

En la carta que escribí á D. Pedro Martinez para Treviño, segun los puntos que me dió para redactarla, le decia el primero al segundo que le dijera si estaba vivo su compromiso de darnos aunque fuera disimuladamente algunos auxilios de tropas y dinero, en cuyo caso le mandara lo que tuviera por conveniente mandarnos á Linares, á cuya plaza nos dirigíamos para proveernos solo de lo mas necesario, pues aunque recordaba que Treviño habia hecho alguna indicacion respecto de que no se ocuparan militarmente ninguno de los pueblos de su Estado para que no se comprendieran por el gobierno general sus compromisos ni se le obligara á dar color antes de tiempo, nosotros teníamos que faltar á aquella pequeña recomendacion porque estábamos en la absoluta necesidad de procurarnos algunos recursos.

Treviño no contestó esas cartas, pero como se contaba de antemano con su neutralidad por lo menos, si

no con su apoyo decidido, nos dirigimos para Linares sin la menor sospecha de que esto pudiera disgustar á nuestro aliado.

Las autoridades de esta poblacion, por instrucciones ó sin ellas del general Treviño, esto no pudimos averiguarlo, reunieron ciento cincuenta ó docientos hombres armados y atrincheraron las torres de la Iglesia y las principales fincas de la plaza, desde las cuales nos recibieron á balazos. Como esto pasaba en los momentos en que entrábamos á la poblacion y ya hacia tiempo que no teníamos encuentro con el enemigo, sintiendo como el general Bum la nostalgia de la guerra, nos lanzamos Ignacio Martinez, Pedro Garcia y yo seguidos de veinte ginetes á tomar las torres de la Iglesia, y si bien estuvimos en la puerta de esta y pudimos cruzar la plaza en todos sentidos recibiendo un fuego nutrido de todas partes, lo cierto fué que tuvimos que abandonar nuestra empresa no solo obedeciendo las órdenes que nos libró el general en jefe, sino porque se nos habian derribado algunos hombres, nuestros caballos estaban heridos y convencidos de que no podia tener frutos prácticos aquella bárbara hazaña.

Sin embargo el enemigo capituló luego que vió entrar el grueso de nuestra fuerza que presentaba un imponente aspecto, principalmente por los restos de sus regimientos antiguos de caballeria.

Apenas comenzábamos á reponernos de nuestras prolongadas fatigas, cuando se presentó el mismo Treviño en persona al frente de unos cuatrocientos

hombres de caballería con ánimo de batirnos segun los informes que se nos dieron. Acampó á corta distancia de la ciudad sin que llegaran sus avanzadas á dispararnos un solo tiro.

Martinez comprendió que lo que Treviño deseaba era que saliéramos de aquella poblacion, y con ánimo de no disgustarle salimos por un rumbo opuesto aún, sin proveernos de los víveres que necesitábamos para la travesia que íbamos á verificar. Se quedaron alli dos comisionados encargados de obligar á Treviño á que dijera francamente si deberíamos tenerlo como amigo ó como enemigo. Estuvimos esperando toda la tarde y al dia siguiente, aquella respuesta en las afueras de la ciudad, pero no recibéndola, lo que atribuimos al temor que tenia nuestro amigo de comprometerse con nuestras relaciones, levantamos el campamento y nos fuimos al Estado de Tamaulipas, en donde nos sentíamos como en nuestra casa, toda vez que contábamos con la sincera amistad de Canales que era siempre esclavo de su palabra.

Al atravesar por el Estado de Nuevo Leon se nos incorporaron muchos oficiales de los dispersos en "Lo de Ovejo" y en el puerto de la Cal que fué donde Aguirre sufrió una espantosa derrota, cuyos oficiales tuvieron toda clase de garantias con Treviño y hasta auxilios pecuniarios. Un ayudante de Aguirre nos dijo de parte de Treviño que no temiéramos ninguna hostilidad y que estaba reforzando sus elementos para pronunciarse.

Cuando á pesar de todo esto hacíamos comenta-

rios respecto de la conducta poco franca del general Treviño, D. Pedro Martínez nos decía:

—Treviño no disparará un solo fusil contra nosotros: entre todos nosotros los gefes fronterizos que estuvimos combatiendo juntos en la guerra extranjera, hay una liga de union y de cariño, que ninguna ambicion ni ningun interés logrará quebrantar. Pero cuando expresamente se ha celebrado un pacto como el de Treviño con Aguirre y conmigo, podemos fiar en que si el gobierno de Nuevo Leon no es nuestro aliado, ménos podrá sernos hostil. Respondo con mi cabeza de la lealtad de Gerónimo Treviño.

Bajo tales seguridades que eran repetidas por todos los militares de Nuevo Leon, casi veíamos próximo el día en que Treviño empuñara como su bandera nuestra bandera revolucionaria redentora de la libertad.

Entre las columnas que se destacaron sobre nosotros al Estado de Tamaulipas la que más nos inquietaba era la de Rocha que contaba, segun se nos decía con mil doseientos caballos y 800 infantes bien municionados y llevando además alguna artilleria ligera. No obstante, la hicimos perdernos la pista entre aquellos desiertos de que está poblado aquel Estado fronterizo y haciendo una de aquellas marchas de veinte leguas de un hilo sin comer ni beber agua, que solo sabian hacer nuestros rápidos soldados, llegamos á un punto llamado Charco Escondido, distante doce ó catorce leguas de Matamoros, en donde habiamos de recibir muy importantes comunicaciones

de aquella plaza en donde teniamos importantes inteligencias.

Una legua ántes de llegar á Charco Escondido encontramos unos carros con barriles de agua que habia mandado buscar el general Martínez para la tropa que venia pereciendo de insolacion y recuerdo con horror la emocion que esto produjo en la columna. Los soldados hicieron un movimiento general para apoderarse de los carros; pero fueron contenidos, sabe Dios con que trabajos por la disciplina militar y fueron llegando por compañías á recibir el reparto de agua. . . . jamás habia visto mayor avidéz para beberla como en aquella muchedumbre que estaba toda muriéndose de sed. Se habian recorrido veinte leguas sin encontrar un miserable charco para apagar la sed, ni un árbol cuya sombra pudiera mitigar los rigores de un sol abrasador. Cuando llegamos á aquel miserable villorio que se llama Charco Escondido, en que no habia mas de un tienducho miserable donde no se completaba una docena de botellas de diversos licores, nos pareció el Paraiso Terrenal; tanto así nos habia hecho sufrir el árido desierto que acabábamos de recorrer.

Descansamos, tomamos nuevo aliento con las favorables noticias que recibimos de Matamoros, cuya plaza solo esperaba nuestra aproximacion para caer en nuestro poder y nos pusimos en marcha á ponerle sitio. No contábamos con un solo cañon y Matamoros los tenia de sobra, lo mismo que sus anchos fosos y elevadas murallas que eran más que un simple

obstáculo para nuestras cargas de caballería; pero no por eso dejamos de desplegar todo el espantoso simulacro de un ejército sitiador. Ya en esa vez estaban incorporados con nosotros Emilio Parra, Abraham García y todos los leones de Tamaulipas tan conocedores de la guerra de encrucijada, como diestros para concluir con un ejército á fuerza de escaramucearlo.

Los que no estaban en el secreto de nuestra aproximación á Matamoros nos juzgaron unos insensatos: ¿cómo íbamos á poner sitio á una plaza artillada y rodeada de fuertes cuando no contábamos con doscientos infantes y nuestra fuerza principal era la caballería? Pues por eso: porque teníamos mucha y buena caballería era por lo que emprendíamos aquellas hazañas con toda impunidad.

Pero el secreto era este: dentro de la ciudad mandaba la guardia nacional de Matamoros como segundo en jefe de la plaza, el general D. Pedro Hinojosa que estaba comprometido con nosotros. El plan sería el más sencillo del mundo: Hinojosa amarraría á Palacios y nos daría entrada á la plaza, ó si esto no era fácil, se pronunciaría y se saldría con un cuerpo ó todavía mejor, nos entregaría la parte que le tocara guarnecer con la guardia nacional.

Cualquiera plan es bueno y cualquiera es fácil de realizar cuando se está en las condiciones en que nosotros estábamos, que eran nada menos con la seguridad de contar con la mitad de la guarnición que nos disputaba aquella importante plaza.

No teníamos más que esperar la señal para precipitarnos dentro del recinto fortificado como una avalancha: mientras llegaba ese momento nos entretuvimos haciendo lo que los guerrilleros llaman santiaguitos. Cogimos nuestros mejores caballos é íbamos á caracolear frente á las fortificaciones, haciendo gastar al enemigo cuarenta ó cincuenta saquitos de metralla. Principalmente de noche les teníamos siempre en alarma procurando cansarles. Llegó un día en que se oyeron dianas en nuestro reducido campamento.

—Que pasa?

—Que Hinojosa, que el valiente general está entre nosotros.

—Solo?

—Solo. Si apenas ha podido escaparse, porque Palacios le olió la podrida y quería matarlo.

—Pues que sea bienvenido el general, que aunque esté solo siempre vale por un ejército.

Y siguieron tocando dianas por la incorporación del valiente general Hinojosa.